

entraron a muchas casas y dieron el salto del antro al salón del profesional. Allí están estos personajes, raros y curiosos, "feos" hechos bellos, como postales enviadas desde el extranjero. Pero, como señala Mario Rivero, "el moralista que tal vez lleva dentro, es el que le impide dar a su pintura carácter de lujo o entretenimiento" (pág. 40).

Este libro no sólo difunde y preserva una obra significativa para el arte antioqueño y nacional. Es una suerte de álbum de familia sin apellidos, con sus hembras y sus hombres, sin domicilio seguro. Como tal, caben en él muchas otras imágenes, a pesar de que el artista, como le reclama Elkin Restrepo, "ya casi no pinte, o no pinte al menos lo que *debe*" (pág. 32).

SANTIAGO LONDOÑO V.

¿Filosofía del arte o historia de la mentalidad melancólica?

Estudios de filosofía del arte

Jorge Alberto Naranjo

Colección Autores Antioqueños, núm. 38, Medellín, 1987, 222 págs.

Lejanos están los días en que la literatura antioqueña se preciaba de contar en sus filas a uno de los más activos ensayistas colombianos, el polígrafo Baldomero Sanín Cano. Mientras ahora proliferan los poetas de minúsculos versos y no dejan de menudear los cuentistas de concurso, el ensayo parece ser un género que por sus exigencias investigativas, interpretativas y aun de imaginación, tiene pocos adeptos en nuestro medio.

Jorge Alberto Naranjo (1949), según reza en la solapa de su primer libro, es ingeniero civil, profesor de la Universidad Nacional (sede de Medellín) y estudioso de la literatura, la filosofía y la historia. Bajo el título de

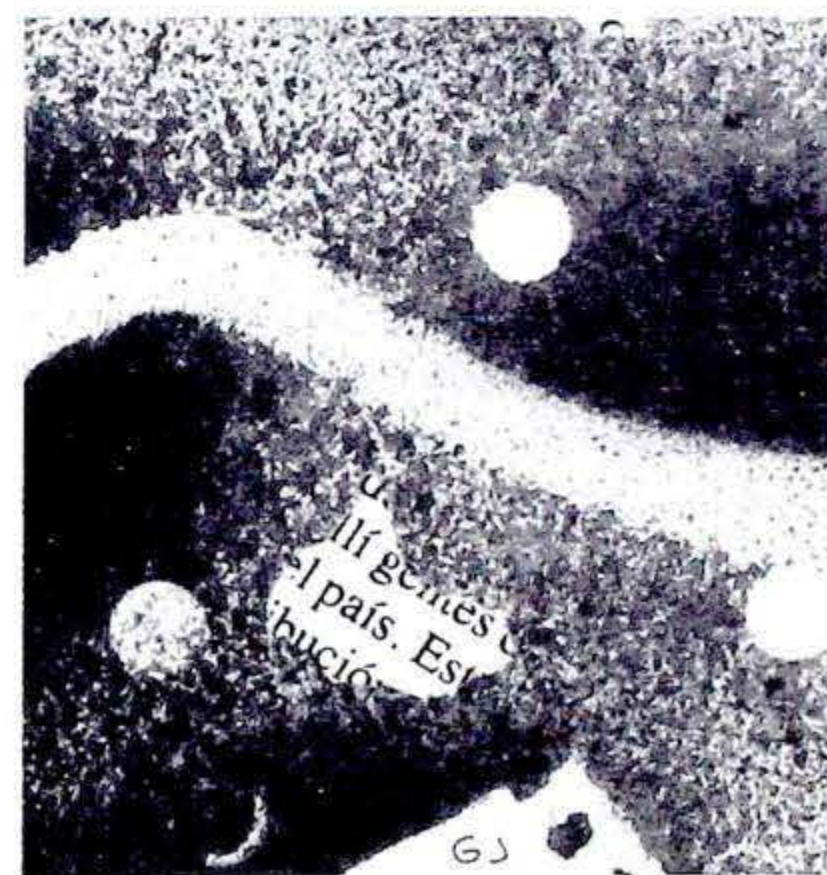
Estudios de filosofía del arte presenta un conjunto de cinco ensayos, precedidos de un prólogo escrito por Marta E. Bravo, que, en lugar de servir de puente con el texto, se convierte en una innecesaria divagación acerca de si elogian o no al erudito y admirable amigo, y, de todas maneras, sin querer queriendo, termina por romper el "obligado silencio" que el lazo de amistad impone, etc., etc.

El título sorprende y, es tal vez el primer autor paisa (por adopción) que se atreve a escalar estos terrenos que a primera vista podrían ser más propios para estudiosos extranjeros. Pero no hay duda de que el profesor Naranjo es dueño de amplio repertorio cultural y bibliográfico y posee suficiente sensibilidad e interés por los temas de su indagación, de tal forma que sus estudios son relevantes.

En ellos, más que problemas de filosofía del arte, se plantean historias particulares de las formas de pensar la melancolía, el arte, la ciencia y el amor. Los textos dejan la impresión de que no fueron escritos como partes de un todo, sino como cuerpos independientes, aunque con intereses comunes. En los cuatro primeros capítulos se observa una temática compartida respecto a la melancolía. Ellos son: "La melancolía de Durero", "La estética de Leonardo", "Miguel Angel o la pasión por la noche" y "La delectación melancólica en la poesía de Garcilaso".

El primer ensayo sigue el proceso de formación de la noción de melancolía, acuñada para entender el desajuste emocional del hombre. Todo se originaba, según Isidoro de Sevilla, en la expulsión del paraíso, la cual desató un combate entre los fluidos, desarrollado tanto en el cuerpo humano como en el cosmos. Hasta el Renacimiento y durante la Edad Media, el destino del melancólico, que luchaba en vano por curarse con el flagelo o la música de laúd, era la santidad (pág. 11). A partir de entonces, la melancolía se iría a transformar en prueba de lucidez del afectado; la melancolía en el artista es un don transformable. De allí en adelante, la física, la química y la medicina intervienen, cada una a su manera y con su instrumental para

entender la melancolía. Freud construye finalmente el concepto de libido, y queda atrás la idea de la bilis negra, ese humor o fluido causante del mal en el medievo. El descubridor del psicoanálisis caracteriza ahora a la melancolía como un "estado de ánimo profundamente doloroso, una cesación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de todas las funciones y la disminución del amor propio" (pág. 47).



En "La estética de Leonardo" hay un esfuerzo por tematizar, condensar y reconstituir el pensamiento de ese hombre extraordinario y polifacético que fue Da Vinci. En especial, se destaca su teoría del conocimiento, sobre la que fundó su arte y sus ingentes investigaciones, que lo llevaron a considerar la pintura como una ciencia maravillosa, hecha posible por la luz, el ojo y el artista y su saber, estructurado sobre la experimentación.

Miguel Angel, en el tercer ensayo, aparece como presa de la "delectación melancólica", y es un caso particular de los genios melancólicos renacentistas. Fragmentos de cartas, un poema y la biografía, son los documentos utilizados para establecer la pasión por la noche del Buonarroti. El cuarto capítulo es un estudio sobre las formas de pensar y expresar el amor cortesano, a partir de la poesía de Petrarca y Garcilaso de la Vega. Según Naranjo, "el amor cortés es una interacción a distancia. La atracción de los cuerpos no los aproxima, los hace orbitar en torno de un centro inencontrable para cada uno de los

amantes. Aquí una caricia, el mero roce de los vestidos, tienen la intensidad de la cópula" (pág. 143).

Por último, "Variaciones en torno a Pedro Páramo" es un estudio que, por el tema y el enfoque, disuena de los anteriores, pues se da un salto temporal y metodológico. Se trata aquí de un análisis de contenido y de la estructura temporal de la novela de Juan Rulfo, que se interna a veces en intrincadas disquisiciones. En gracia a la unidad temática del libro —y no a su calidad— bien podría haberse prescindido de este texto.

Sólo al final viene a confirmarse que el propósito de la obra no es tanto la filosofía del arte al estilo del siglo XIX, como el seguimiento de las formas de pensar, sentir, expresar y sobrellevar la melancolía, esa afeción que desde el año 633 se intenta explicar por medio de la teoría de los humores, alcanza a manifestarse de manera diversa en los genios renacentistas, e invade al amor, esa fuerza que, con el nombre de libido, Freud descubriría tras la cuna del padecimiento melancólico.

Naranjo no polemiza ni critica. No hay, por fortuna, marcos teóricos ni aclaraciones metodológicas, aunque, por supuesto, el autor tiene su teoría y su metodología, pero se las reserva en un saludable gesto de pudor intelectual. Tampoco hay una trama, un desenlace o unas conclusiones. A la manera del arqueólogo, va encontrando las piezas incompletas de un templo derrumbado. Junta sus partes, se apoya en vestigios y otras referencias, y reconstruye un discurso, donde el especialista a veces podrá notar, como en las piezas restauradas, las grietas o las partes faltantes. La reconstrucción no está afectada por el humanismo de los filósofos del arte, ni por las preocupaciones morales o "estéticas". El autor se mueve con soltura en el campo del historiador de las ideas, y el arte, sea la pintura o la poesía, es un documento fundamental del archivo de las formas de pensar y sentir.

Este libro de Jorge Alberto Naranjo es como un hijo con nombre impropio, pero en sus partes está hecho

como se debe: con amor, pasión y conocimiento.

SANTIAGO LONDOÑO V.

Retrato de un artista

Ramón Torres Méndez:
Pintor de la Nueva Granada (1809-1885)
Efraín Sánchez Cabra
Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1987,
240 págs. 173 ilus.

Cada vez se producen más y más libros en el país y de ellos una creciente proporción son ilustrados. Entre estos últimos algunos derrochan tamaño y color, y no es raro que una vez pasado el deslumbramiento inicial resulten vanos, bien sea por que fueron inventados de afán, o porque el tema no daba para tanto, o porque daba para más. En fin, hay otros de estos libros que cuidan un aspecto pero defraudan en otros, por ejemplo los que tienen buen material gráfico pero un texto flojo, o al contrario, o los que tienen buen material gráfico pero pésimamente impreso o mal diagramado o con una identificación incompleta. Hay otros en los que para volver a localizar un dato hay que armarse de paciencia. En fin, la lista podría seguir, pero todo este rodeo es para tener presente que al hacer un libro intervienen tantas manos, tantos intereses, que es explicable que no resulten muy comunes los libros bien hechos en el pleno sentido de la expresión.

El libro editado en 1987 por el Fondo Cultural Cafetero sobre la vida y obra de Ramón Torres Méndez es uno de estos casos más escasos. Se trata de un libro sobre un tema que le puede interesar a muchas personas, que está muy bien documentado y bien escrito, que es cuidadoso en la presentación, con reproducciones nítidas, que identifica las láminas, señala su fuente precisa y además cuenta con una serie de apéndices que facilitan su uso como texto de referencia y de consulta rápida.

Torres Méndez ocupa lugar destacado en los recuentos de la actividad artística nacional en el siglo XIX. Nació en Bogotá en 1809 y murió en esta misma ciudad en 1885. Fue autodidacta, practicó el dibujo, la acuarela, el óleo, la litografía y la fotografía. Vivió de su oficio como cualquier artesano y tuvo a la clase alta bogotana entre su clientela. Al igual que otros artistas de época, —Luis García Hevia, José Manuel Groot, José María Espinosa, Manuel María Paz, entre otros— produjo una obra que dice mucho de las costumbres y la mentalidad entonces imperantes, justo cuando la imagen impresa empezaba a adquirir poder. Casos similares ocurrían en el resto del continente.

El libro empieza como es obvio, con el retrato del artista. Luego viene una introducción donde se recuerda que dentro de la historia del arte en el país Torres Méndez ha llegado a ser considerado el pintor más famoso de Colombia. Cuenta que de ningún otro artista se han reproducido tantas veces sus obras, lo mismo en vida que después de muerto. Pero comenta que a pesar de que se ha escrito con frecuencia sobre él, muchos aspectos de su vida y obra estaban en el olvido. Dice por ejemplo que: "Nadie se había percatado de que Torres Méndez fue caricaturista clandestino al terminar la revolución de 1854, ni que tuvo oponentes políticos que le dedicaron poemas, ni que fue el primer profesor de artes de la Universidad Nacional y del Museo de Arte Colonial, ni que fue precursor en Colombia del desnudo femenino en

